

como bizcocho, sin que cupiese añadir una sola partida al presupuesto. Algún día, no siéndome grato dejar sin respuesta a nadie, imprimiré en un papel todo esto que acabo de escribir, y sencillamente contestaré con mi impreso a todos los petitorios. Y verán ustedes que ni aun así...

He escrito el nombre de Rothschild, y, al hacerlo, pienso en mi amigo D. Gustavo Bauer, que acaba de morir en su magnífica finca de la Alameda, antes propiedad de los duques de Osuna, esa casa *princiére* cuyos despojos hemos visto dispersos al azar de las hipotecas y de las ventas. Ha sido una suerte que la Alameda de Osuna, donde tantas veces galopé cuando salíamos a caballo por las tardes, en los comienzos de la juventud, cayese en manos de los Bauer, porque de otro modo era fácil que alguna empresa industrial, o algún aburrido establecimiento benéfico o Sanatorio médico desnaturalizasen esa bella finca señorial, donde los duques de Osuna de antaño eclipsaron a Fernando VII y le dejaron deslumbrado y no sé si envidioso de su lujo y su esplendor.

Los Bauer, respetuosamente, conservaron el carácter de la posesión, y se guardaron de modificar en ella lo que le presta ese aire indefinible de grandeza y de época, que encanta. Lo único que hicieron fué mejorar la parte de jardín y arboleda, convirtiendo en un oasis aquel trozo de tierra que, abandonada, pronto sería erial. Y el cogollo de la buena sociedad de Madrid ha ido por las tardes a la Alameda, a tomar el te con la señora de Bauer, que es una de las damas más distinguidas, inteligentes y buenas que he conocido en Madrid.

Eran además los Bauer sumamente caritativos. No es un lugar común de crónica: es que, en efecto, esta familia tenía las manos abiertas a la limosna. Su gran fortuna se lo permitía; pero no todos los que disponen de una gran fortuna están prontos a la caridad. Son más los que derrochan en necios placeres o atesoran sin objeto, para que lo goce algún sobrino juerguista. En esto, como en todo, hay mil rarezas, mil anomalías. Además, los señores de Bauer eran verdaderos e inteligentes protectores del arte. Su casa de Madrid constituía un museo, lleno de obras maestras, antiguas y modernas también. En esto se parecían a los multimillonarios banqueros a quienes representaba D. Gustavo Bauer: porque también los Rothschild han ejercido la beneficencia y hecho donativos cuantiosos a los museos de París, llegando a amueblar, decorar y llenar salas enteras en el Louvre.

Así, los señores de Bauer habían llegado a ser en Madrid un elemento social de los mejor vistos y respetados, y gozaban de universales simpatías. La muerte de D. Gustavo produjo triste impresión. No era viejo, pero una enfermedad tan extendida como destructora minaba su organismo. Hace dos años fué a Mondariz buscando alivio a la diabetes que le consumía y gastaba sus energías físicas. Al pronto, las maravillosas aguas le devolvieron peso, alegría y vigor. Pero, más tarde, el mal siguió haciendo estragos, y ha venido a tener ahora fatal desenlace.

También cayó en la eternidad el Emperador Francisco José de Austria.

En los actuales momentos produce doble impresión un hecho por otra parte tan natural como el fallecimiento de un anciano cargado de años y que, si bien robusto y de excelente fibra, no podía menos de resentirse del desgaste inherente a la avanzada edad y a las impresiones morales trágicas que debió de sufrir en diversas ocasiones. Porque hubo (en la vida de un Soberano que era para tantos de sus súbditos como un ídolo y una figura visible de Dios), grandes desventuras y tragedias crueles.

Yo pude ver, y bien despacio, a Francisco José y a su consorte, la «divina» Isabel, en el año de 1873, cuando asistí a la Exposición de Viena. Por entonces supongo que eran felices, y el Emperador estaba en la fuerza de la edad; tendría sobre cuarenta y tres años.

Con gran trabajo habíamos conseguido unas localidades algo decentes y cómodas para asistir al *Imperial Theater*, si no recuerdo mal el nombre del Coliseo: lo equivalente a nuestro Teatro Real. Se cantaba *El barco fantasma*, de Wágner, y yo jamás había oído música del maestro. La noche me dejó inolvidable impresión, no sólo porque (desmintiendo esa leyenda de que para entender a Wágner hay que ir a Salamanca, y no sé si a otras Universidades), yo entendí perfectamente y desde el primer

momento que aquello era sublime, sino porque vi, en el largo espacio de tres entre actos, a la pareja imperial.

Ella era realmente un milagro de hermosura y de elegancia, y creo que superaba a la Emperatriz Eugenia en gallardía, mostrando un escote perfecto, de diosa, lo cual no le sucedía a la consorte de Napoleón III. Llevaba suelta, tendida completamente por las espaldas, la mata de su magnífico cabello castaño, ondulado y con ricos reflejos; y una diadema de estrellas de brillantes fulgía en su frente. Vestía de moaré azul, de un azul verdoso, intenso, como de agua de mar, y un gran collar de brillantes caía sobre el raso de su pecho. Sus guantes eran, según la moda de entonces, cortos, y sólo hasta un poco más arriba de la muñeca cubrían el mórbido brazo.

El Emperador lucía su blanco uniforme, pero no sabré decir de qué cuerpo, pues este recuerdo se me ha borrado. Toda la atención era para la Emperatriz, aparición radiante en que se unían los prestigios y las grandezas terrestres...

¡Pobre Soberana! También ella, como *Senta*, la heroína del libreto wagneriano, llevaba en el alma una leyenda, una balada nostálgica, llena de misterio y de romanticismo. También en ella, como en el protector y amigo de Wágner, el Rey virgen de Baviera, existía el germen del delirio estético, del sueño poético, casto, pero sin fundamento dentro de la realidad. — No sé si será anécdota sin fundamento la que quiere que la Emperatriz, al saber la catástrofe en que perdió su hijo la vida, se arrojase a los pies del Emperador, exclamando deshecha en lágrimas: «Señor, perdonadme haber traído la locura a vuestra familia.» Sea o no invención pintoresca de dramatizantes de la historia, parece que cabe en lo verosímil, y es sin duda por Baviera por donde vino a la casa Imperial de Austria ese fermento terrible, lírico y romántico.

Los estetas y decadentistas hicieron de Isabel de Baviera una divinidad. Y, cuando la elevaban a tal altura, era cuando la misera Soberana buscaba en sus sueños de arte y belleza un consuelo para la soledad profunda de su corazón. Sería, creo, contrario a la verdad decir que Isabel de Baviera no se disoció, en el último tercio de su vida, del hogar y hasta del trono; que no contrajo ese miedo a la realidad que sufrieron algunos individuos de familias reinantes, en la activa disolución de todos los principios que ha marcado el proceso ideológico del siglo XIX. Nada hizo de malo la desdichada Emperatriz; y hay profunda simpatía en su manera de vivir, en una isla encantada, entre lecturas de Homero. Sólo que no es éste el papel de las testas coronadas, — y menos ahora.

Como quiera que sea, su muerte fué el degüello de una paloma, la inmolación de una oveja inofensiva. A nadie hacía daño, y el puñal no la perdonó. Puñal doblemente aleveso, puesto que el asesino no ignoraba que en Suiza no existe la pena de muerte...

No creo que, en la marcha de la guerra, influya mucho la falta del histórico Emperador. Tiene heredero, y es de presumir que se trate de un hombre que, por hallarse en edad más vigorosa, podrá hacer frente, igual o mejor, a la situación en que se encuentran los Imperios centrales. Acerca de cuál sea esta situación, ya saben ustedes que hay tantos pareceres como personas. Unos entienden que nos amagan todavía cuatro años de guerra; otros, que, hecha la paz separada con Rusia, la guerra será asunto de cuatro meses. Éstos afirman que Alemania será laminada; aquéllos, que le pertenece la victoria. Yo sólo ansío que el desenlace sea lo más rápido posible. Claro es que tengo mis simpatías; pero ¿qué importan mis simpatías al caso de la guerra?

Sólo sé, en concreto, que van muertos más de cuatro millones de hombres; que están mutilados ocho millones, y heridos once o más. La suma de dolor que cabe en estas cifras, calcúlela cualquiera. No se ha visto tal carnicería.

Decíame ayer Ricardo León, que había visto las mujeres polacas, a las cuales los rusos acuchillaron y que milagrosamente escaparon con vida. Parece que su cuerpo era un pentagrama, todo rayado de cicatrices. Pero, a renglón seguido, añadía que, en el otro bando, se podían registrar iguales hechos. La barbarie humana, en casos de guerra, es la misma en todas partes. No hay civilización que valga para evitar este desbordamiento de ferocidad y de sangre vertida, sin más objeto, afirman los entendidos, que *terrorizar*. Dios verá si se ha colmado la medida, si es hora de apiadarse un poco del «mal seme d' Adamo» como dijo el Alighieri.

Porque, desde que la historia es historia, no hubo tal desmoche, ¡y lo que todavía nos rondarán! *¡Miserere!*

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Congreso está estos días animadísimo, y sería un regalo asistir a las sesiones. Hablan los primeros oradores y de cuestiones interesantísimas, de capital transcendencia. Pero... ¿quién va al Congreso? Sólo una persona completamente desocupada, que tenga por suyas las veinticuatro horas del día natural.

Las tribunas del Congreso son completamente absurdas, y parecen construidas para estorbar que se vea y que se oiga. Su enorme reborde, su forma anticuada, restan todos los elementos de facilidad y comodidad para darse cuenta de lo que pasa en los escaños y en el banco azul. Sólo en la primera fila se puede estar medianamente. Y el que no se adelante cuatro horas no consigue esa primera fila.

Lamento que los asientos de las tribunas no se puedan comprar como las localidades de los teatros. En este caso, sería una concurrente asidua. De otro modo, hay que renunciar. Confieso que me sería grato oír discutir los proyectos del ministro de Hacienda, que tan graves escollos ofrecen, a mi humilde entender. No soy ninguna autoridad en estas materias, pero hay cosas para las cuales basta un poco de buen sentido.

Y hay algo más: y es que no pueden entusiasmar los proyectos en que la acción fiscal es tan dura que llega a ofrecer los caracteres de despojo, cuando el empleo de la recaudación a que se aspira sábase de antemano que ha de ser en gran parte para aumentar plantillas y ensanchar caminos para que viva del Estado mayor número de gentes. Estas son las grietas a que aludieron Maura y Urzáiz, al hablar de la inutilidad de querer llenar un estanque, dejando de macizar las fisuras por donde se va el agua.

¡Y ojalá se creasen millares de destinos, si al menos recayesen en gente laboriosa y que los desempeñase a conciencia! Digo esto, porque, al crearse esos millares de destinos, tal vez consiguiese yo poder dar alguno a los centenares de personas que acuden a mí en demanda de que les «coloque», de que les haga «entrar» en alguna parte.

Y tanto sirvo yo para eso, como para dirigir un submarino: y no logro que se persuadan de tan sencilla verdad. Los destinos los dan los políticos, no los literatos a secas. A pesar de repetir esto en todos los tonos, no consigo que lo entiendan los innumerables solicitantes que a mí se dirigen.

Y aun hay otra verdad de que quisiera convencer a los que me escriben cartas exponiéndome lo precario de su situación: y es que aun cuando, por milagro, yo dispusiese de un destino, el encontrarme con él en la mano sería como buscar mendrugo en cama de galgos. Todo el mundo tiene a su alrededor, entre sus familiares, alguien que se ve en necesidad; y si puede, por ley natural, ayuda a ése, antes que a otro. No es fácil, en cambio, que para el que desde lejos y siendo totalmente desconocido reclama la consabida «colocación» se halle ésta preparada, espolvoreada de harina y pronta a caer en la sartén... Es indudable que tan sencillos datos no los tienen presentes los que desde diversos puntos de la Península demandan que les solucione su conflicto y les resuelva su situación, «colocándoles».

Hay además en esto un error de óptica semejante al que padecen innumerables ciudadanos españoles, que me piden algo más directo y personal, el auxilio en metálico. Porque mi nombre es conocido, se dirigen a mí, sin comprender que por lo mismo, por ser conocido mi nombre, he llegado ya al grado máximo de peticiones, y hace largo tiempo que está agotada mi potencialidad. Aun cuando yo fuese, por influencia política, el Presidente del Consejo de Ministros, y por dinero, Rothschild, ya toda mi influencia y todo mi dinero estarían distribuidos